

---

# Intérprete, intermediario, Trujamán

---

Leonor Merino García  
Dr<sup>a</sup> Univ. Autónoma de Madrid  
<http://leonormerinogarcia.iespana.es/>

## Traducir

vago placer  
disolución del ser  
violenta separación  
entre dos lenguas que son,

Una la de mi madre  
Otra la extranjera,  
que hermana mía ser quisiera.

*(Versos inéditos de esta autora)*

## PRESENTACIÓN

En las vastas perspectivas de la Literatura General y Comparada —una ciencia ilimitada que parece compartir con «la primera filosofía» la facultad de buscarse a sí misma según Aristóteles—, el arte de la traducción ocupa un lugar que se hace difícil reconocerlo para todos nosotros. Puesto que ponemos en duda si puede calificarse al traductor como un escritor. En la Literatura Comparada se prefiere llamarle intermediario, que es una forma elegante de recibirlo por la puerta de servicio.

El tema no se ha pasado aún de moda y su valor epistemológico es siempre espectacular aunque continúa, por otra parte, dando pábulo a múltiples querellas y contradic-

ciones o —por el contrario— se trata de la fiesta de la concordia pero nunca duradera.

En efecto, cuando se escucha la palabra «traducción», uno se pone en guardia, a veces en la diana del desacuerdo, ya que hay casi siempre desconfianza, mientras se piensa que las traducciones no son más que remedios necesarios para salir del paso.

Y qué decir de la invisibilidad del traductor, cuyo nombre —su trabajo por tanto— apenas es mencionado, lo que representa una aberración y una falta de generosidad para el conjunto de la traducción. El traductor está en segundo plano, en la contraportada, en la discreción. Dicha invisibilidad ha sido ya tema de numerosas observaciones y también de



EL CONOCIMIENTO/  
DESCONOCIMIENTO  
ETNOLÓGICO REPERCUTE  
CONSIDERABLEMENTE  
EN LA OPERATIVIDAD  
DE LA TRADUCCIÓN  
COMO BUEN RESULTADO.  
PUESTO QUE NO SE  
TRADUCE UNA PALABRA  
COMO SIMPLE  
ENTRADA LÉXICA,  
SINO COMO COMPLEJO  
SEMIÓTICO  
QUE TIENE SIGNIFICACIÓN  
EN VARIAS DIRECCIONES

críticas por parte de Douglas Robinson (1991) y de Lawrence Venuti (1995).

La traducción de un texto, en particular literario, es a menudo evocada en términos de «traición», puesto que no restituye más que parcialmente, o digamos infielmente, tanto el mensaje, la estructura del texto-fuente, como las preocupaciones estéticas, filosóficas y lingüísticas de su autor.

Sin embargo, traducir no es traicionar, sino producir el sentido por medio del intercambio. ¿Es que no conocemos una palabra antigua que procede de la lengua árabe y que designa perfectamente uno de los oficios más nobles?

Intérprete: «Persona que se ocupa de explicar a otros, en una lengua que comprenden, lo que está dicho en otra lengua que les es desconocida».

En español, «Trujamán», lo que hace aún más evidente su origen árabe: «Turjdaman».

Ese traductor está en las encrucijadas interlingüísticas e interculturales. Pero, ¿cómo hacer que pase un texto de una lengua a otra de manera fiel, sin que haya alteración de sentido?

¿Es necesario, como los de antes, desdeñar la traducción porque nadie puede domeñar dos lenguas: «vigilaban involuntariamente a poner sus obras al abrigo de toda transferencia», puesto que, «¿deseaba Averroes ser traducido?» (Abdelfattah Kilito, 2008: 26, 25).

O bien, ¿es necesario rendir homenaje a esos «barqueros de literatura»? según nos

dice, actualmente, el poeta sirio-libanés «Adonis»? «Para mí, la traducción es tan indispensable como el aire y la luz. Iría incluso más lejos: la cultura del futuro será la traducción, o bien no habrá más que una especie de primitivismo reposando en normas simplificadas y banalizadas» (Alí Ahmed Saïd Esber, *Adonis?* 2005: 11).

Para la poetisa argelina, bilingüe, Zineb Laouedj: «La traducción es también una pasión, una manera de escribir un texto de una lengua a otra. Yo vivo esta pasión en el sentido del pluralismo cultural y la tolerancia de las lenguas». Y añade Zineb: «La lengua española es muy hermosa. Lengua de poesía, de belleza y romanticismo. Como soy escritora arabófona que conoce esa lengua, compruebo que hay mucha similitud con la lengua árabe». Pero ninguna lengua es más hermosa que otra, luego el español no es superior a cualquier otra lengua, sin embargo, Claudio Guillén -traductor y uno de nuestros mejores comparatistas- ha insistido en que existe «un fenómeno de comunicación que no es lingüista sino social», por lo que hay que comprender «por qué el español manifiesta tanto y con tanta facilidad la comunicación y con tal sentimiento de convivencia humana» (Claudio Guillén 2004).

¿Se debe entonces evitar cualquier comparación con una cultura extranjera para no caer en la trampa de cualquier juicio de valor?

Deberíamos saber que, por ejemplo, los escritores del Magreb -pasarelas de una Historia bien particular-, nos ofrecen las imbricaciones, los entrelazamientos de las travesías interculturales y ponen en valor la

complejidad misma de la unidad de contrarios, mientras nos proporcionan las densidades conjugadas en varias lenguas.

## REALIDADES ETNOLÓGICAS

La traducción es una empresa difícil en sí misma. Me pregunto si no es más difícil que escribir literatura y ser original. Se puede estar dotado o no para componer versos o prosa. La traducción es un constante escrutinio, un registro pesado, constante, de los propios conocimientos, de la propia imaginación y de la honradez intelectual. El texto que se traduce es una ratonera. La lengua original es el peor enemigo, escondido con pasos quedos, bajo la máscara de un querido amigo.

En la lucha tenaz con la lengua adversa, los mejores traductores deben «comerse» a veces los *lapsus linguae*. Pues en el terreno de las dificultades, que se perfilan a la hora de traducir, el estilo propio de cada lengua posee también su forma interna. La traducción es un género aparte, distinto de los demás, con sus propias normas y finalidad.

En consecuencia, no basta que el traductor conozca la lengua, sino que también debe estar introducido en el ambiente cultural en el que la lengua traducida ha nacido. Si viéramos las notas de pie de página de una traducción del árabe al español, o de un texto magrebí de lengua francesa traducido también al español, podríamos constatar hasta qué punto es importante el compromiso cultural –consiente o inconsciente– del traductor.

Permítame, lector, un sólo ejemplo, la traducción de *El pan desnudo*, realizada primeramente desde la lengua árabe (*Al-houbz al-hafí*) al inglés por Paul Bowles (conocedor del escritor traducido y de Tánger donde ambos vivían), es un caso atípico de la literatura. Fue la traducción la que hizo célebre al texto original y no al contrario. Este relato autobiográfico del escritor marroquí, Mohammed Choukri, fue conocido al ser traducido antes de que fuera publicado el original.

Por lo tanto, el conocimiento/desconocimiento etnológico repercute considerablemente en la operatividad de la traducción como buen resultado. Puesto que no se traduce una palabra como simple entrada léxica, sino como complejo semiótico que tiene significación en varias direcciones. Una lexía es un órgano que funciona en un cuerpo cultural determinado, luego «transplantarlo» de un lugar a otro, sin la preparación prealable

de los medios de aceptabilidad, puede provocar que sea rechazado o que sea poco funcional, perdiendo así gran parte de su operatividad.

La preparación de los medios de aceptabilidad de un complejo semiótico de una lengua a otra consiste en salir del universo léxico y en consagrarse a la realidad etnológica con el fin de reencontrarse con el adecuado equivalente. Es decir, establecer analogías etnológicas-pragmáticas.

Por ejemplo, en árabe y en español «buenos días» o «buenas tardes» se desean de diferentes formas. Es decir, que se sale tanto del significado endocéntrico como del significado exógeno de las lexías que configuran los segmentos respectivos. Así, no existe ninguna coincidencia lingüística entre:

- Buenos días=Sabah el Kheir: «Mañana del bien/de la gracia».
- Buenas tardes= Massa'el Kheir: «Tarde del bien/de la gracia».

Hay una diferencia lingüística radical entre cada oración árabe y su traducción transcritiva en español, aunque una sea su traducción lingüística. Sin embargo, lo que normalmente se dice es: «Buenos días / Sabah el Kheir». ¿Por qué es aceptable esta última solución y se rechaza la otra? Encontraremos la respuesta en cierta analogía etnológica. El traductor procede por medio de la siguiente pregunta: ¿Qué se dice en la otra comunidad cuando se desean los buenos días o las buenas tardes? (Mohamed El-Madkouri 2003).

Algunos otros ejemplos comparativos:



**Y QUÉ DECIR DE LA INVISIBILIDAD DEL TRADUCTOR, CUYO NOMBRE -SU TRABAJO POR TANTO- APENAS ES MENCIONADO, LO QUE REPRESENTA UNA ABERRACIÓN Y UNA FALTA DE GENEROSIDAD PARA EL CONJUNTO DE LA TRADUCCIÓN**



**CONVIENE EXAMINAR  
HASTA QUÉ PUNTO  
EL ACTO DE TRADUCIR  
RESPONDE  
A LA ESTÉTICA  
DEL PALIMSESTO.  
Y QUE LA TRADUCCIÓN  
ES, ANTE TODO,  
UN ACTO  
DE RE/CREACIÓN  
LITERARIA,  
DE TRANSCREACIÓN,  
AL SER EL TRADUCTOR  
UN ESCRITOR  
QUE TRABAJA EN EL ECO  
DEL TEXTO ORIGINAL**

- Adiós=Ma'a salam: «Con paz».
- Hola=Marhaban: «Bienvenido».
- ¡Adelante!=Tafaddal!: «¡Sírvasse!»  
-del verbo *tafaddala*.
- Bienvenido=Ahlan wa sahan: «En familia y cómodamente».
- Gracias= Barak-´Allahu-fik: «Alá te bendiga».
- Te acompaño en el sentimiento=Inná lillahi wa innâ ilaihi ráđji ´úna: «Somos de Alá y a Él volvemos».

Solución etnológica extensiva a muchas otras expresiones españolas, como los juramentos, las felicitaciones o las evocaciones a los difuntos. La analogía etnológica, como método de la traducción puede resolver muchos problemas que los métodos lingüísticos no pueden resolver.

Se pueden, entonces, multiplicar los ejemplos e insistir en las dificultades a las que debe hacer frente el traductor. Por no señalar más que un problema fácil de comprender: las traducciones de los versos, de los poemas, tropiezan con un escollo, a veces infranqueable, sobre la fidelidad a la forma métrica del original, incrementado con otro escollo mayor: la fidelidad a la rima.

Felizmente, existen muchos y grandes traductores. Aquéllos que ejecutan un trabajo del que están enamorados, aquéllos que sueñan con alcanzar la categoría de coautores. Conviene por tanto examinar hasta qué punto el acto de traducir responde a la estética del palimpsesto. Y que la traducción es, ante todo, un acto de re/creación literaria, de

transcreación, al ser el traductor un escritor que trabaja en el eco del texto original.

Pero sucede que es difícil convencerse de ello -mejor dicho debería ser así-. Y saber que, en nuestras especificidades portadoras, la traducción nos lleva por la vía de una nueva consciencia histórica de aceptación mutua hacia «[una] hospitalidad lingüística», nos dice el filósofo y antropólogo francés, Paul Ricoeur (2004: 52).

## **ENERGEIA (ἐνέργεια), POIETICA (ποιητικής)**

La circunstancia de traducir, de interpretar con medios propios el pensamiento expresado en la lengua del otro, es una necesidad que conocemos todos desde siempre. La traducción literaria es, en primer lugar, un deseo más que una necesidad y, a veces, las críticas no creen en esa posibilidad de dar satisfacción a ese deseo. Ya, en 1937, nuestro gran intelectual Ortega y Gasset -uno de los más grandes representantes de nuestra filosofía-, en su ensayo *Miseria y esplendor de la traducción*, decía que el arte de traducir se define como «una labor utópica», y que «el asunto de la traducción, a poco que lo persigamos, nos lleva hasta los arcanos más recónditos del maravilloso fenómeno que es el habla» (José Ortega y Gasset 1983: 435).

Para este ensayista, la traducción no es realizar un doble del texto original, sino el camino hacia la obra, una *aproximación*, lo que confiere que la traducción sea siempre susceptible de perfeccionamiento, de mejoramiento, refiriéndome así también al pensamiento del pionero en los estudios lingüísticos, Von Humboldt, puesto que el lenguaje no es un producto acabado sino una actividad infinita: es *energeia* y no *ergon* (Wilhelm Von Humboldt 1991: 36).

La traducción, en consecuencia, en tanto que camino, vía, por realizar, es una actividad creativa, *poietica*. El traductor se perfila como un creador, como un poeta. Puesto que es evidente que existe un misterio en las buenas traducciones -como lo hay en todas las obras literarias y en la lengua poética en general.

Podría decirse que, en teoría, el arte de la traducción está claramente privado de toda esperanza. Sin embargo, en la práctica sabemos que existe la posibilidad de una intervención creadora, de una actitud personal activa y positiva y de un secreto entendimiento entre el texto y el traductor, que le habilita a establecer, con medios propios, un texto bien dig-

no dedicado a expresar lo que quiere expresar. Se habla mucho de la traducción *À la recherche du temps perdu*, realizada por Pedro Salinas -gran poeta del amor del 27 y representante de la «poesía pura»-, de la que la crítica literaria argumenta que la traducción mejora al texto original. Y es que en la traducción no se puede separar la poesía del pensamiento, puesto que están enlazados, como el lazo que teje el perfume con la flor.

La traducción, en este caso, se realiza, por decirlo así, antes que la voz y la lengua, en la sensibilidad, en el espíritu mismo del traductor.

Cuando se lleva a cabo una buena traducción, se presenta ante el traductor el vocablo más justo y pleno que saborea tanto como le es posible, puesto que cada palabra de cada lengua transporta miles significados, esclarecimientos, alargamientos, en una experiencia sensual -a veces erótica.

Existe necesariamente un combate de palabras que el traductor-escritor contiene con largos silencios, con desgarro constante, en los que hay momentos de ligera angustia, de salto al vacío, esos momentos en los que uno flota levemente o se queda suspendido.

La traducción permite sobrevivir al texto, completarse o participar a la reconstrucción de algo más vasto aún: «rescatar en su propia lengua ese puro lenguaje exiliado en la lengua extranjera, liberar, transportando ese puro lenguaje cautivo en la obra, esa es la tarea del traductor» (Walter Benjamin 2000: 259).

Aparte de esto, la responsabilidad del traductor, ante sí mismo y ante los demás -cualquiera que sea el discurso que esté interpretando-, es obligarnos a admitir la *performativité* de su propio discurso: *The performatif*, ese término anunciado por John Langshaw Austin, filósofo y lingüista de Cambridge que pertenece al círculo de Wittgenstein, quien constató que -en circunstancias determinadas- la palabra posee la extraña y casi la increíble virtud de crear verdades profundas que se imponen al entendimiento como realidades. Un sacerdote, un juez, que ha pronunciado: «yo os caso», crea un matrimonio.

La performatividad -que crea estados de espíritu sin que la causa figure explícitamente en los términos del mensaje- es en realidad el único secreto de la literatura y se reduce, como lo ha sugerido Platón, a un acto de fe y a una manera de creer. Obligarnos a admitir la performatividad de su propio discurso es responsabilidad del traductor, cualquiera

que sea el tipo del discurso literario. Un arte que no se enseña, que se llega a descubrir en la oscuridad y en la soledad del primer contacto con la palabra.

Traducir no aparecerá como una suerte de traición, si el traductor sabe crear una escritura al igual que el flujo de la escritura del escritor con sus sobresaltos, rupturas y silencios.

La traducción asegura la supervivencia del sentido más allá de la muerte, con la memoria fiel, como experiencia enlutada, revelando el valor del sentido, el sentido del sentido. En la traducción, el texto, la palabra, pierde su cuerpo para ir hacia el sentido, por medio del proceso de luto, puesto que alcanza su cénit a la hora de afrontar el silencio de la lengua: lo que acalla una lengua -por bien conocido-, otra lengua necesita hacerlo explícito, con el fin de alcanzar la comprensión del texto. He ahí, aún de nuevo, la enorme dificultad y la magnífica empresa de la traducción: intenta decir en una lengua, precisamente, lo que esa lengua tiende a silenciar.

Desafío, soledad, curiosidad, vivacidad, aventura de guerrero romántico, pero también vivo deseo de comunicación, de audaz integración con la humanidad, con el Otro, al ser la traducción uno de los ingredientes más decisivos en el nacimiento de las civilizaciones. Esfuerzo gratuito de dimensión ética, que erige a la vida por encima de sus desgracias y miserias.

El traductor, al igual que el poeta, percibe cuál es el vocablo que conviene emplear o esa metáfora que la imaginación hace sensible, ese sintagma que sugiere con mayor fuerza lo que las palabras no logran iluminarnos o lo que no conviene esclarecer.

**EXISTE NECESARIAMENTE UN COMBATE DE PALABRAS QUE EL TRADUCTOR-ESCRITOR CONTIENE CON LARGOS SILENCIOS, CON DESGARRO CONSTANTE, EN LOS QUE HAY MOMENTOS DE LIGERA ANGUSTIA, DE SALTO AL VACÍO, ESOS MOMENTOS EN LOS QUE UNO FLOTA LEVEMENTE O SE QUEDA SUSPENDIDO**





literatura comparada- ayuda a los seres humanos a proseguir su camino, como lo ha hecho en el pasado, transmitiendo su herencia simbólica desde Asia hasta Oriente Medio, desde el mundo árabe hasta Europa, desde Europa hasta América y desde América a todo el mundo: como una antorcha que jamás se apaga. Jamás se apagará.

En fin, consciente o inconscientemente, la persona que es bilingüe -o plurilingüe- no dejará de confrontar su propia lengua con la del Otro: experiencias personales analizadas, teorizadas, sistematizadas. Sin embargo, la traducción y la alternancia de códigos en el pensamiento bilingüe son operaciones diferentes. El conocimiento lingüístico es únicamente una de las herramientas del traductor. Ni todos los bilingües son traductores, ni todos los que traducen son bilingües.

Ese traductor que evalúa de manera positiva al Otro y que le hace dueño de su propio discurso, ¿no debería ser ante todo un escritor nato?

Puesto que, ¿cómo comunicar con el autor, con el artista, sino a través de la *mediación* que ha emprendido otro «artista» -traductor, poeta, director de cine o de teatro- con el fin de expresar su verdad, las determinaciones históricas, psicoanalíticas, sociológicas o lingüísticas que ha interpretado?

Javier Marías, uno de los escritores más traducidos -y él mismo traductor- cree que la traducción es la mejor escuela: «El traductor es un escritor privilegiado que tiene la oportunidad de reescribir obras maestras en su propia lengua» (Javier Marías 2007: 2).

Deseo ahora llamar de nuevo su atención, lector, sobre las palabras confesadas por Ortega y Gasset que, incluso hoy, nos sirven como reflexión sobre la traducción en su invitación a la rebeldía del traductor de textos de valor cultural: «Escribir bien consiste en hacer continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contorno social, una subversión. Escribir bien implica cierto radical denuedo» (José Ortega y Gasset 1983: 434). Manifestaciones que datan de hace tiempo, que avanzan la moderna noción de la violación de la norma como elemento característico del texto literario.

La traducción es por lo tanto uno de los ingredientes más decisivos en el nacimiento de las civilizaciones. En la actualidad, a veces trágica de nuestro tiempo, la traducción -la

## BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, W. *Oeuvres*. Traducción: Maurice de Gandillac, et al. 3 vols. París: Gallimard 2000.
- EL-MADKOURI, M., «Pre-traducción y traducción», *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, Madrid 2003, pp. 93-116.
- ESBER, A. A. S. («Adonis»), *XXe Assises de la traduction littéraire*, Atlas/Actes Sud, Arles/París 2005.
- GUILLÉN, C., «El castellano no es superior, pero parece ponernos en el camino de la amistad», *El País, Babelia*, Madrid, sábado 13 de noviembre de 2004.
- KILITO, A., *Tu ne parleras pas ma langue*, Sindbad/Actes Sud, París. Traducido del árabe (Marruecos) por Francis Gouin: *La tatakallama lughati*, Beyrouth 2002.
- MARÍAS, J., «Javier Marías, todas las voces», *El País, Babelia*, Madrid 2007.
- ORTEGA Y GASSET, J., Publicado primero en forma de artículos en el periódico *La Nación*, de Buenos Aires. Luego, en su texto *Ideas y creencias* (1940), así como en *Obras completas*, vol. 5, Alianza Editorial/Revista de Occidente, Madrid 1983.
- RICOEUR, P., *Sur la traduction*, Bayard, París 2004.
- ROBINSON, D., *The Translator's Turn*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore 1991.
- VENUTI, L., *The Translator's invisibility. A history of translation*, Routledge, London 1995.
- VON HUMBOLDT, W., *La diversità delle lingue*,

LA TRADUCCIÓN  
ES UN CONSTANTE  
ESCRUTINIO,  
UN REGISTRO PESADO,  
CONSTANTE,  
DE LOS PROPIOS  
CONOCIMIENTOS,  
DE LA PROPIA  
IMAGINACIÓN  
Y DE LA HONRADEZ  
INTELECTUAL.  
EL TEXTO QUE SE TRADUCE  
ES UNA RATONERA.  
LA LENGUA ORIGINAL  
ES EL PEOR ENEMIGO,  
ESCONDIDO  
CON PASOS QUEDOS,  
BAJO LA MÁSCARA  
DE UN QUERIDO AMIGO